

las leyes atroces dictadas contra ellos, lo prueban. Pues bien: ¿en cuál de estas épocas se puede decir que la sociedad francesa había agotado sus medios? La Francia de hace diez siglos, podía veintuplicar su producción; el tercer estado no era sospechoso de pereza: ¿de dónde vino el pauperismo?

La América es la que proporcionó á los economistas los mejores ejemplos de una población que dobla y triplica en veinticinco años. Ahora bien: si desde hace un siglo ó siglo y medio, la población dobló y triplicó en los Estados Unidos cada veinticinco años, es claro que la producción, por lo ménos, dobló y triplicó en el mismo período, y se puede decir que en este espacio de tiempo, la población no hizo más que seguir la producción. ¿Cómo Malthus, que tan perfectamente expuso el progreso de la población americana, no estudió del mismo modo las causas que, en otras circunstancias, impiden ó suspenden el progreso paralelo de las subsistencias?

¡Oh! responde el economista; el caso de los Estados Unidos es excepcional; la América era un país vírgen.

¡País vírgen! Pero el país estaba ya gastado por los iroqueses y los hurones que, ántes de descubierto, marchaban ya, como nosotros lo hacemos hoy, más á prisa en progenitura que en riqueza, y que, simples cazadores, eran miserables allí en donde los europeos industriosos, á pesar de multiplicarse, no han cesado de enriquecerse. — ¡País vírgen! Decid mejor que, gracias á la falta de una jerarquía industrial, gracias á esta igualdad de los colonos americanos, protegida por los intervalos de los bosques que ya empiezan á borrarse bajo la acción de vuestros procedimientos económicos, el trabajador gozaba en todas partes de la integridad de su producto, y haciendo siempre obras útiles,

pudo hacerse y conservarse rico, á pesar de haber doblado la población en diez y ocho años. El ejemplo de la América no prueba solamente lo que la humanidad es capaz de hacer en lo que á la población se refiere, sino también hasta qué punto puede llegar la potencia del hombre en cuanto á la producción: ¿por qué este paralelismo tan evidente, tan auténtico en aquel país, no pudo sostenerse en los demás? Téngase en cuenta que no se trata tanto de la rapidez del progreso, como del progreso paralelo. — ¡País vírgen! Seguramente, los azadoneros ingleses, suizos y alemanes, no vivieron ni se multiplicaron con el incendio de aquellos bosques eternos; del trabajo, y sólo del trabajo convenientemente dividido, de los capitales, de las máquinas y de la circulación, vivieron; la prueba está en que la economía política importada de Europa, se puso á funcionar ántes de tiempo en aquel país donde la tierra y el espacio no faltaba á nadie, donde el trabajo se pagaba á sí mismo sin pasar por la servidumbre del capital, el intermediario del banquero y la vigilancia de la policía, y el pueblo dejó correr la economía política sin hacerla caso. El crédito se fué á pique, los bancos han volado, el capital explotante se sumergió, y el americano continuó haciendo su fortuna por medio del trabajo y de la igualdad. Indudablemente, vendrá un día en que este maravilloso progreso se realice con paso ménos rápido; pero sin duda también, la población entónces, sin violencia y sin miseria, disminuirá espontáneamente su movimiento, á no ser que la economía política, la teoría de la inestabilidad y del robo, no venga á romper esta armonía.

Desde hace cincuenta años, dice E. Buret, y con él el Sr. Fix, la riqueza nacional en Francia quintuplicó, mientras que la población no aumentó en la



mitad. Según esto, la riqueza marchó diez veces más á prisa que la poblacion: ¿por qué, pues, en vez de reducirse proporcionalmente, la miseria aumenta?

No confundais la riqueza con las subsistencias, nos dirá el economista. La riqueza se compone de todo lo que, siendo producto del trabajo, tiene para el hombre un valor cualquiera, de placer como de alimentacion. Las subsistencias son aquella parte de esta riqueza que sirve particularmente para sostener la vida. Pues bien: la progresion aritmética de Malthus, se refiere á esta porcion de la riqueza, y nada más.

Distincion ridícula anticipadamente refutada por la teoría de la proporcionalidad de los valores. Las subsistencias están necesariamente en relacion con las demás partes de la riqueza, y es rigurosamente cierto que, si desde hace cincuenta años el producto de la Francia ha quintuplicado, el pueblo consume cinco veces más. En la sociedad todos los valores se equilibran, quiero decir, se cambian los unos por los otros y se sostienen recíprocamente. La produccion de los objetos de lujo prueba, precisamente, que las subsistencias existen en cantidad suficiente, supuesto que, en definitiva, este lujo se pagó con subsistencias, como éstas, á su vez, se pagaron con dinero ó con otros valores. ¿Acaso el precio de los artículos de primera necesidad aumentó relativamente de cincuenta años á esta parte? Al contrario; el precio relativo bajó: y si las subsistencias faltan al pueblo, como sucede con el vino, la causa no está en la viña ni en el viñador, supuesto que éste se queja de que no puede vender: la causa está en la economía política.

Por lo demás, ¿quién es el que no vé que, componiéndose el bienestar del hombre de la abundancia y de la variedad, lo que llamamos lujo es en el fondo

un verdadero ahorro? El salvaje, que vive de carne cruda y de algunas bebidas horrosas, agotará en un mes los recursos de una legua cuadrada de terreno; el civilizado, cuya manutencion exige un millon de cosas que no conoce el hombre de los bosques, subsistirá con cuatro hectáreas. Su lujo puede existir en un espacio tres ó cuatro mil veces más pequeño que el necesario para sostener la miseria del salvaje. El lujo puede definirse fisiológicamente, el arte de alimentarse por la piel, por los ojos, por los oidos, por las narices, por la imaginacion y por la memoria: la indigencia es, al contrario, la vida reducida á una funcion única, que es la del estómago. ¿Qué digo? Hasta el arte culinario que Séneca, en su hipérbole absurda llamaba el arte de la gula, multiplicando bajo mil formas nuestro alimento y enseñándonos á comer mejor, es en realidad, para nosotros, un manantial de economías. Despues del trabajo, la cocina es nuestro más precioso auxiliar contra la escasez; y precisamente, por lo mismo que el proletario no consume bastante, come demasiado, y se hace oneroso para la gran familia.

Tengo, pues, el derecho de insistir en mi pregunta: ¿Cómo habiendo quintuplicado nuestra riqueza y no habiendo aumentado la poblacion más que en un 50 por 100, todavía existen pobres en Francia? Que se me conteste ántes de preocuparse con la posteridad é investigar el número de habitantes que podrá contener el globo.

La tasa de los pobres en Inglaterra, era:

En 1801, de 4.078.891 lib. est. para	8.872.950 habitantes.
En 1818, de 7.870.801 » » »	11.978.875 »
En 1833, de 8.000.000 » » »	14.000.000 »

Segun esto, ¿es ó no cierto que el pauperismo se



anticipa? Y la prueba de que estas cifras oficiales tienen el sentido que yo les doy, está en que, desde 1833, se ha tratado de aplicar en Inglaterra la teoría de Malthus, es decir, se quiso dejar perecer á los que no tienen rentas ni salario; que la primera consecuencia de esta idea fué la creacion de las casas de fuerza, y finalmente la reforma de la ley de cereales, es decir, la reduccion arbitraria del precio del pan. Se creyó que la supresion violenta de un monopolio podría ser de un gran efecto para el alivio de la miseria; pero el porvenir dirá lo que tenia de racional y de útil esta prestigiosa reforma. Los economistas, la mayor parte de ellos, fautores de la liga, reconocieron implícitamente que la miseria tenia otras causas más que la excesiva reproduccion: supuesto que empezaron, que acaben, pues, de formar el inventario de las espoliaciones que ejerce el monopolio!

Yo leo en un artículo del *Diario de los Economistas* (Enero 1846) sobre la marcha de la criminalidad en Francia, que el número de los crímenes y delitos de todas clases, fué:

De 1826 - 28. . . . .	88.751
De 1829 - 31. . . . .	96.083
De 1832 - 33. . . . .	106.149
De 1835 - 37. . . . .	121.221
De 1838 - 40. . . . .	146.062
De 1841 - 43. . . . .	151.624

El autor de esta interesante estadística, concluye en estos términos:

«El número de los crímenes y delitos, aumenta, pues, *de una manera rápida y acelerada*. Así vemos que, mientras el aumento medio anual de la población apenas es de 5 por 1.000 y tiende á dismi-

nuir, el aumento medio anual por 1.000, se eleva á:

- » 5.7 para los crímenes y delitos contra la cosa pública;
- » 7.8 — — — — las costumbres;
- » 3.0 — — — — las personas;
- » 5.6 — — — — las propiedades;
- » 5.4 para las contravenciones que no son los delitos forestales, cuyo número es incalculable;
- » 3.7 para los suicidios.

»Mientras el progreso de la población tiende á debilitarse, el número de los crímenes y delitos tiende á aumentarse; y este aumento no es particular á la Francia, y hasta podemos decir que es menor aquí que en muchos países vecinos.»

Los crímenes y delitos, como el suicidio, las enfermedades y el embrutecimiento, son las puertas por donde sale la miseria. Según las cifras oficiales, siendo el movimiento medio de la población de 5 por 1.000, y el de la criminalidad, suma total, 31.2, se deduce que el pauperismo llega sobre nosotros seis veces y un cuarto más de prisa de lo que permitía esperar la teoría de Malthus: ¿Cuál es la causa de esta desproporción?

La misma cosa se prueba de una manera distinta.

En general, las naciones ocupan en la escala del pauperismo el mismo rango que en la de la riqueza. En Inglaterra se cuenta un indigente por cada cinco personas; en Bélgica y en el departamento del Norte, uno por cada seis; en Francia, uno por cada nueve; en España y en Italia, uno por treinta; en Turquía, uno por cuarenta; en Rusia, uno por ciento. La Irlanda y la América del Norte, colocadas en condiciones excepcionales y opuestas, presentan; la primera, la proporción espantosa de uno y más por cada dos; y la segunda, uno, y acaso menos por mil. Así, pues, en todo país de población aglomerada, en donde la economía política funciona regularmente, la miseria



se compone exclusivamente del déficit que la propiedad causa á la clase trabajadora.

Antes de 1789, el número de niños expósitos sostenidos en los hospitales, era de...	40.000
En 1800 se elevó á.....	51.000
En 1815.....	67.966
En 1819.....	99.346
En 1834.....	129.699

Ignoro cuál es la cifra en 1846. El *Diario de los Economistas* de este año eleva la cifra media anual de los nacimientos ilegítimos á 75.870; de donde se puede concluir, siguiendo la progresion anterior, que el número de los hijos naturales actualmente sostenidos en los hospitales, no es menor de 160.000. Desde 1789 hasta 1846, la poblacion no aumentó en la mitad; en cambio, la riqueza quintuplicó, hasta las costumbres mejoraron, y el número de los hijos naturales CUADRUPLOCÓ. ¿Qué significa esto? Que hay 320.000 muchachos y muchachas á quienes se arrebató anualmente el derecho á la familia, *jus conubii*, y que las invasiones de la propiedad, permaneciendo la poblacion estacionaria, hacen crecer á ojo el proletariado.

En el capítulo IV hablé de la disminucion de la talla media observada por los economistas. Este hecho, que no es posible poner en duda, prueba la existencia, no de una miseria accidental como la que se produce de repente á consecuencia de una mala cosecha, sino de una miseria constitucional y crónica que ataca á la especie entera y alcanza profundamente á todas las partes del cuerpo social. Seguramente, hay en esto algo que excita vivamente la curiosidad y que no se explica por el principio de Malthus. De aquí se seguiria que la miseria, no contenta con atacar á los individuos sin recursos y eli-

minar á los pobres del número de los vivos, afecta á la especie en su colectividad y en su vida por un sufrimiento solidario; prueba de que la humanidad se muere de un mal desconocido; de un mal que está más alto que la falta de subsistencias. ¿Se nos dirá una vez por todas cuál es este mal?

Se opone á este hecho la prolongacion de la vida media que ciertos hábiles estadistas pretenden haber probado; pero como ya hice ver todo lo que esta prolongacion tiene de ilusorio respecto al pueblo, sólo diré una palabra que concilie y que explique las dos observaciones. Si es cierto, como yo sostengo, que en nuestra organizacion propietaria el pauperismo se anticipa continuamente al contagio, poco importa que esta anticipacion se manifieste por medio de muertes súbitas y prematuras ó por dolores precoces y prolongados. Segun esto, seria posible que la cifra de la vida media se sostuviese y hasta se elevase, y á pesar de todo, la miseria aumentase siempre; pues se trata ménos de la edad de los muertos que del tiempo que vivieron sin enfermedades. ¿Será preciso que enseñemos á los economistas á comprender sus estadísticas?

Me parece innecesario acumular más pruebas: los hechos son conocidos de todo el mundo, y cada cual puede interrogarlos y deducir de ellos las consecuencias. LA ANTICIPACION DE LA MISERIA: hé ahí el rasgo característico del régimen propietario como del estado salvaje; el hecho capital, universal que yo opongo á Malthus, y que destruye su teoría.

Segun los datos de la ciencia confirmados por una masa importante de hechos, mientras la poblacion tiende á aumentarse siguiendo una progresion geométrica cuya razon es 2, la produccion de la riqueza, obra de esta poblacion, tiende á aumentarse siguiendo una progresion geométrica cuya razon es 4. En



la práctica, al contrario, esta relación está invertida; mientras que la potencia de crecimiento de la población se expresa invariablemente por la progresión geométrica 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64... la potencia de crecimiento de la producción se expresa por la serie aritmética 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7...

¡Cómo! señores economistas, os atreveis á hablarlos de miseria, y cuando se os demuestra, con vuestras propias teorías, que si la población dobla la producción se cuadruplica; que, por consiguiente, el pauperismo sólo puede venir de una perturbación de la economía social, en vez de responder, acusais lo que es absurdo recordar siquiera, el exceso de población! Nos habláis de miseria; y cuando con vuestras estadísticas en la mano se os hace ver que el pauperismo crece en una progresión mucho más rápida que la población, cuyo exceso, según vosotros, lo determina; cuando se os prueba que existe alguna causa secreta que no percibís, entonces disimulais, y no hacéis más que sacar á relucir la teoría de Malthus! Habeis convertido esta potencia de crecimiento de la población en un escudo contra el socialismo; y cuando nosotros, hombres de ayer, tomando á nuestro cargo la obra difícil de los A. Smith, Ricardo, J. B. Say y Malthus mismo, presentamos á vuestra vista el principio espoliador; cuando os demostramos que la humanidad se vé siempre acometida de la miseria ántes de que el pan y la tierra le falten; cuando desarrollamos en vuestra presencia el mecanismo de la usurpación propietaria, de la ficción capitalista y del robo mercantil, entonces cerrais los ojos para no ver, los oídos para no oír y la inteligencia para no ceder á la convicción! La iniquidad del siglo es más preciosa para vosotros que el derecho del pobre, y vuestros intereses de pandilla se sobreponen á los de la ciencia!

Y bien: mientras vosotros gritéis contra la imprudencia y la población, nosotros gritaremos contra la hipocresía y el bandolerismo; os entregaremos á la desconfianza de los trabajadores, y á vosotros solos os haremos responsables de la explotación que nos asesina y de la infamia que nos cubre. Nosotros repetiremos en todas partes con voz de trueno: «¡La economía política es la organización de la miseria, y los apóstoles del robo, los proveedores de la muerte, son los economistas!»

¿Quiénes son los que hoy sostienen contra todo el mundo, y á pesar de la lógica y de la experiencia, la inestabilidad del valor, la inconmensurabilidad de los productos y el no-equilibrio de las fuerzas industriales? Los economistas. ¿Quiénes son los que defienden la desigualdad de repartición, la arbitrariedad del cambio, los asesinatos de la competencia, la opresión del trabajo parcelario y las bruscas transiciones de las máquinas? Los economistas. ¿Quiénes son los que apoyan la preponderancia del orden improductivo, la mentira del libre comercio, la mistificación del crédito y los abusos de la propiedad? Los economistas. ¿Quiénes son los que, instigados por la Inglaterra, forman una liga para aplicar al universo ese sistema de anarquía, de estafa y de rapiña? Los economistas.

Y sois vosotros los que, tomando el lenguaje de la moderación y de la paz, os atreveis á decir:

«¿No se dirá que las escuelas más opuestas conspiran por extraviar á los trabajadores? Los unos los irritan arrebatándoles toda esperanza de un porvenir mejor; los otros los excitan al desorden con seductoras y pérfidas teorías. En fin, hay hombres que, más humanos y más prudentes á la vez, no hablan á los trabajadores de derechos quiméricos ni de



una necesidad fatal: estos hombres no se atreven ó no saben decirles la verdad completa.»

Pues decidla de una vez; que salga pura y entera de vuestros labios.

«Sí; los salarios pueden exceder de lo estrictamente necesario; sí, las economías son posibles para el trabajador. Si sufre en algunos distritos manufactureros, hay otros en donde vive con holgura... ¿De dónde viene esta diferencia? De dos causas esenciales, principales; causas superiores á todas las lamentaciones de los neo-economistas y de los pretendidos filántropos. La diferencia procede de la conducta de los obreros y de la relacion que existe entre la poblacion y el capital circulante.»

Señor Rossi: en verdad os lo digo; careceis de corazon; no sois ni más prudente ni más atrevido que los demás, porque ocultais la verdadera causa.

*¡Se extravió á los obreros!* Esto se parece á las *facciones* del Sr. Guizot. Instruidnos, hombres de ciencia, y vereis cómo no nos extraviarnos; pero tened cuidado de no decir nada que no sea cierto, porque vuestras reticencias caerán sobre vuestra cabeza.

*¡La conducta del obrero es mala!* Esto es posible y tal vez proceda de que no se le hace justicia. Pero en fin, aquí se trata de la medida de su salario, y se nos habla de su conducta. Decid, pues, maestro: ¿cuánto valen catorce horas de trabajo por día? Y si temeis equivocaros respecto al trabajo del obrero, poned la mano sobre el corazon y decidnos en cuánto estimáis el vuestro. Nosotros tomaremos vuestra cifra por medida.

*¡El capital circulante no está en relacion con la poblacion!* Es cierto: la propiedad impide que el capital circule. ¿Cómo ha de circular, si el consumidor se vé precisado á pagar cinco por lo que él mismo vendió en cuatro?

«El obrero que carece de órden, de economía y de moralidad, no se despojará nunca de los harapos de la miseria. Añadid á esto que la poblacion...» Siguen los consejos de prudencia matrimonial.

¡Siempre las censuras; siempre la conducta de este pobre obrero! ¡Tartufe vive todavía! Porque nosotros somos bandidos incapaces é indignos, nuestros curadores se apoderan de nuestros bienes; y por enseñar á vivir al trabajador, el ocioso se come su braza! Empezad, pues, por darnos el ejemplo, misioneros de caridad y de templanza. Ea: que los hijos abandonen á sus queridas, y que los padres dejen á sus niñas; que la edad del matrimonio y de la prostitucion se retarde para todo el mundo bajo penas severas; que se forme una tarifa para todas las clases de servicios, desde el rey hasta el galopo; que el interés del dinero se reduzca al tipo legítimo, y que la renta de la tierra se reparta entre todos. Entónces creeremos en el genio y en la buena fé de los economistas.

Malthus era sincero cuando, respondiendo á las hipótesis comunistas de Wallace, Condorcet, Godwin, Owen, etc., y no encontrando nada que le ilustrase sobre la causa inmediata de la miseria, volvía sin cesar á su progresion geométrica, y exclamaba en su honrada impaciencia: ¿Pero de qué modo en la comunidad se pondrá la produccion al nivel de la poblacion? Sin un obstáculo que impida su desarrollo, ¿cómo la humanidad dejará de morir de hambre?

Hoy, que hemos demostrado lo que Malthus no sospechaba, es decir, que en una sociedad organizada, la produccion de la riqueza y de las subsistencias progresa más rápidamente que la poblacion misma, es ya otra cosa. Es preciso explicar la miseria, no como Malthus lo hizo, por medio de una lo-



gomaquia que se resuelve en una fórmula ininteligible, en un mito, sino justificando la rutina propietaria, en nuestro concepto, causa inmediata y sistemática del pauperismo. ¿Se piensa reducirnos al silencio con esta necedad malthusiana de la progresión aritmética, porque plugo á todos nuestros economistas ingleses, franceses, cristianos, materialistas y eclécticos, convertirse en sus panegiristas? Pero no hemos oído todavía el último argumento de nuestros adversarios, y no debemos apresurarnos á cantar victoria.

«¿A qué viene, dice el Sr. Rossi enderezándose; á qué viene el hablarnos de los vicios de nuestras instituciones, de la excesiva desigualdad de las condiciones, de la fecundidad inagotable del suelo, de los vacíos inmensos que existen en la superficie del globo y que las emigraciones pueden llenar? Es evidente que todo eso no toca al fondo de la cuestión, supuesto que, una vez hechas todas esas concesiones, sólo resultará lo siguiente: que en más de un país, á la culpable imprevisión de los padres de familia, se agregan otras causas de sufrimiento y de desgracia, y que las poblaciones excesivas habrán podido encontrar un alivio temporal en un gobierno mejor, en una organización social más equitativa, en un comercio más activo y más libre, ó en un vasto sistema de emigraciones. ¿Será por eso menos cierto que, si el instinto de la reproducción no estuviese refrenado por la prudencia y por una moralidad elevada y difícil, todos estos recursos se agotarían, y que entonces el mal sería tanto más sensible, cuanto que no habría remedios temporales con que aliviarlo, ni paliativos con que suavizarlo?»

Todos los economistas se adhieren á este pensamiento del Sr. Rossi. «Nosotros, dice el último editor de Malthus; consideramos esta observación como ca-

pital. Aviso á los socialistas de todos los matices. Cuanto más se perfeccione el estado social, tanto más es de temer el exceso de población, á no ser que se destruya la aserción de Malthus.»

Pero vosotros, que nos prometeis el auxilio del cielo á condición de ser prudentes, empezad por practicar vuestras máximas. La sociedad es inarmónica; la concesión que acabáis de hacer, lo supone. Dadle primeramente el equilibrio, y sin temor de hacer una obra inútil, esperad lo que suceda. Os preocupáis con una conjetura hipotética cuya realización no se puede afirmar, y retiráis la vista del mal real que os diezma. Empezad, os digo, por curar lo presente; y si vuestra fé en la Providencia no es una burla, ocupaos un poco menos de lo porvenir. La humanidad, decís, sólo habrá obtenido con eso un alivio temporal: ¿quién os lo asegura? ¿Cómo sabéis que el equilibrio establecido en el trabajo, las condiciones de desarrollo de la humanidad en población y en riqueza, no se cambiarán jamás?

Ya se os hizo ver que en la institución providencial, la producción marcha más rápidamente que la población; y es extraño que en vez de llorar por el hambre, no hayáis pensado en sacar partido de esta ley en favor de vuestra tesis. Y en efecto; bajo un régimen de igualdad, marchando el trabajo más aprisa que el amor, habríais podido preguntar cómo, después de algunas generaciones, la tierra bastaría para albergar los productos y hospedar á todo el mundo. Acaso entonces nos contentásemos con responder: Dios es grande, y la Providencia fecunda en combinaciones. Indudablemente, aquí hay algo que en este momento se nos escapa, y sería extraño que nuestra esfera de actividad no estuviese en proporción con nuestro poder. ¿Será preciso que después



de haber corregido vuestras estadísticas, arreglemos todavía vuestros argumentos?

Vemos, pues, que el economista que temia hace un momento carecer de pan, tranquilo sobre este punto, empezará á inquietarse por la habitacion. Sí, nos dirá, es preciso poner un término á la poblacion, supuesto que lo tiene el universo. Si la poblacion se dobla cada veinticinco años, en ménos de cinco siglos habrá un millon de miles de millones de hombres en el globo, es decir, ménos de los necesarios para que puestos en pié y tocándose los unos á los otros, llenen la tierra. ¿No sería esta una miseria más intolerable tal vez que la de la desnudez y el hambre?

Economista: yo os detengo. La cuestion que acabais de proponer, muy digna, seguramente, de las meditaciones del filósofo, no está entre la poblacion y la produccion, sino entre la poblacion y el globo. Tomo acta de vuestra retirada, y convengamos ántes de pasar adelante:

Que el trabajo, una vez sintetizados y arreglados todos sus órganos, pone en sí mismo la facultad de multiplicar nuestros medios de existencia en cantidad superior á nuestras necesidades, y por consiguiente, puede aumentar siempre nuestro bienestar, cualquiera que sea por lo demás, el aumento de poblacion;

Que la miseria en el estado de civilizacion, resulta exclusivamente del antagonismo económico, así como en otros tiempos, en el estado salvaje, resultaba de la pereza;

Que no siendo de temer la existencia del pauperismo en una sociedad regular, la única cuestion que hay que resolver, es esta: ¿Cuál es la ley de equilibrio entre la poblacion y el globo?

Estas conclusiones y el problema que las termina, son el acto de prescripcion de la economía política.

§. III.—Principio de equilibrio de la poblacion.

I.

El problema de la poblacion exigiria él sólo dos volúmenes; me falta espacio para tanto, y no puedo, sin engañar al lector, aplazar por más tiempo la solucion. Que se me dispense, pues, si en vez de un libro, me limito á presentar un programa; y ¡ojalá que este ligero ensayo inspire otro más elocuente! Reformista sincero, no pienso en apropiarme la verdad: busco, no discípulos, sino auxiliares.

Como el problema de la poblacion se estableció por los economistas entre los hombres y las subsistencias, la solucion no podia ser dudosa: era la muerte. MATAR ó IMPEDIR LOS NACIMIENTOS, *per fas et nefas*; hé ahí á dónde debia conducirnos la teoría de Malthus; hé ahí cuál debia ser la práctica de las naciones, el antidoto generalmente adoptado y preconizado contra la miseria. Fiel á su principio de propiedad y de arbitrariedad, la economía política debia acabar como toda legislacion fundada en la propiedad y en la autoridad: despues de haber dado su constitucion, despues de haber desarrollado su código y sus fórmulas, le faltaba encontrar su sancion, y se la pidió á la fuerza. La teoría de Malthus es el código penal de la economía política.

Pero... ¿qué dice la economía social, la verdadera ciencia económica? Que todo organismo debe encontrar su equilibrio en sí mismo, sin necesitar, contra la anarquía de sus elementos, prevencion ni repre-